

HOJITA PARROQUIAL DE ALORA

Se publicará los días 1 y 15 de cada mes,
con permiso de nuestro Excmo. Prelado

Precio de suscripción: Cualquier limosna
para las obras sociales de la Parroquia

DOMINGO 28

San Agustín, Obispo y Doctor de la Iglesia

San Agustín, uno de los más brillantes astros del orbe cristiano, a quien los mayores hombres llaman la lumbrera de los doctores, el modelo de los prelados, el escudo de la fé, el baluarte de la religión, el azote de los enemigos de Jesucristo, la columna de la Iglesia y el más iluminado maestro de la moral cristiana, nació en Tagaste, ciudad de Numidia, en Africa, el 15 de Noviembre del año 354.

Fué de honrada familia, y aunque Patricio, su padre, no era todavía cristiano, su madre, Santa Mónica, ganó tanto el corazón de su marido con su mansedumbre, con su sufrimiento, con su paciencia y con su virtud, que logró fuese cristiano todo el resto de la casa. Por la extraordinaria vivacidad de su genio y por la vehemencia de sus pasiones, que ya asomaban la cabeza, era poco dócil a las instrucciones. Su virtuosa madre no perdonaba medio alguno para darle una cristiana educación e instrucción: así fué que una vez que aprendió a leer y escribir en Tagaste, le enviaron a Madaura, ciudad poco distante, a estudiar la gramática y letras humanas. Inmediatamente se aficionó a las fábulas y vanos delirios de la profana antigüedad, sobresaliendo entre todos sus condiscípulos por la

superior valentía de su ingenio y distinguiéndose particularmente en la elocuencia.

En este tiempo se entregó sin freno a todo género de disoluciones y excesos fomentados por las perversas compañías y espectáculos públicos: mas entre tanto su piadosísima madre lloraba amargamente día y noche delante del Señor, pidiendo sin cesar que tuviera misericordia de su mal aconsejado hijo. En la amargura de su corazón acudió por consuelo a un santo Obispo, el cual le aseguró diciéndola: *Anda, hija, continúa en gemir y suplicar al Señor, que no es posible se pierda un hijo de tantas lágrimas.*

De Madaura pasó a Cartago y enseñó retórica: después marchó a Roma, en donde siguió explicándola con mayor aplauso, hasta que fué preferido entre otros para ir a Milán, en donde conoció a San Ambrosio, cuya fama hacía gran ruido en todo el mundo.

¿Cómo ocurrió su conversión?

La gracia de Dios no cesaba de sollicitar interiormente el corazón de Agustín, ya por los consejos de Santa Mónica, ya por los sermones de San Ambrosio; pero con todo no se decidía con resolución a romper los lazos que le tenían aprisionado.

Un día, estando con él su amigo Alipio, se presentó Ponciano, que lo era de los dos; y cuando éste vió en la

mesa las epístolas de San Pablo, tomó de aquí ocasión para hablar de la asombrosa vida de San Antonio, de la multitud de monasterios que poblaban los desiertos y de la admirable conversión de los dos oficiales del Emperador, que leyendo la vida de este gran santo, inmediatamente volvieron las espaldas al mundo y abrazaron la vida de soledad, entregándose a la oración y a la penitencia.

Despidióse Ponciano de la visita; y Agustín, vivísimamente conmovido de lo que acababa de oír, se levantó del asiento, y vuelto a su amigo Alipio, le dijo en un tono de voz, que mostraba lo mucho que iba obrando la gracia en su corazón: *¿Qué es esto, Alipio? ¿En qué nos detenemos ya? levántanse los indoctos y nos arrebatan el cielo; y nosotros con toda nuestra ciencia, andamos siempre arrastrando por la tierra? ¿Pues qué, porque ellos fueron más cuerdos que nosotros no nos atrevemos nosotros a serlo tanto como ellos? Y porque ellos fueron delante, tendremos nosotros vergüenza de seguirlos?*

Diciendo esto, se salió del cuarto arrebatadamente. Admirado Alipio de tan extraña mudanza, le fué siguiendo hasta el jardín; allí se sentó Agustín y comenzó a desahogarse en lágrimas, pero no teniendo toda la libertad que deseaba a vista de su amigo, se levantó y sin hablarle palabra se retiró a lo más apartado del jardín: arrojóse al suelo debajo de una higuera y desatados sus ojos en dos torrentes de lágrimas, comenzó a exclamar con una voz interrumpida por los sollozos: *¿Hasta cuándo, Señor, hasta cuándo tengo que experimentar los efectos de vuestra indignación? ¿Hasta cuándo dejaré siempre para mañana lo que puedo hacer hoy? Y si mañana, ¿por qué no desde ahora?* Al pronunciar esto oyó una milagrosa voz que le decía:

Toma y lee, toma y lee. Atónito con lo que veía, se levanta, vuelve a buscar a Alipio, toma en sus manos las Epístolas de San Pablo, que había dejado junto a él, ábre las y encuéntrase con estas palabras: *Alejaos de la disolución de los sucios deleites, de las inmundicias: pero vestíos de Nuestro Señor Jesucristo y no culdeis de la carne, en lo que toca a sus concupiscencias.*

Apenas acabó de leer la última palabra, cuando de repente se halló muy superior a todas las irresoluciones, y en una gran tranquilidad. Igualmente movido Alipio, quiso también ver a su compañero en la nueva vida. Saliéronse los dos, buscaron a Santa Mónica y la informaron de cuanto había pasado. Fué inexplicable el gozo de la virtuosa madre, especialmente cuando oyó hablar a su hijo en términos tan contrarios y distintos a su tan relajada vida anterior.

¿Cuándo murió?

Sitiada la ciudad de Hipona por los bárbaros, al mando del Rey Gemicco, pidió al Señor que si era su voluntad le retirase de este mundo, por no ser testigo de aquella desdicha: conoció que Dios le había oído por la enfermedad en que cayó.

Dispúsose para morir con un fervor correspondiente a aquella grande alma. Recibió los sacramentos de la fé y con la piedad que le animaba; y el día 28 de Agosto del año 430, rindió tranquilamente su espíritu, rodeado de sus discípulos y de su clero. Tal fué la muerte preciosa de este hombre verdaderamente grande, fundador de la inclita Orden que lleva su nombre, dejándonos un tesoro de 232 libros de profunda y sana doctrina, tanto para la defensa de la fé contra los herejes, como de la más sana moral, para la pureza de las cos-

tumbres. *Martillo de herejes* lo llamó Menéndez Pelayo; San Paulino, *sal de la tierra*; y San Celestino, con otros pontífices, uno de los primeros doctores de la Iglesia.

Un ruego a las madres

Las lágrimas de Santa Mónica consiguieron la conversión de San Agustín; es decir, que lloró y pidió tanto al Señor por él, que de joven licenciado, corrompido y escandaloso hereje, pasó a ser un gran santo, columna de la Iglesia y doctor eminente.

¡Mas cómo cambian los tiempos! Ahora lloran muchas madres, no pidiendo a Dios por la *salvación* de los hijos, como Santa Mónica, sino *de dolor*, cuando no tiene remedio, por haber contribuido a la perdición de ellos, con sus abandonos en la educación o por ser demasiado tolerantes en seguir la corriente infernal de las modas: *¡qué modas!* Dios mío: esto es más grave, porque ya no se respetan ni los niños, que son en las casas como pararrayos divinos que detienen la ira de Dios; se les lleva casi desnudos para acabar con su *inocencia*: *gran pecado* que Dios no puede dejar impune; y, pensando en cristiano, hay quien dice que ese terrible descalabro que hemos sufrido con los moros, es un *castigo* a esta sociedad desenfrenada que no piensa más que en divertirse.

¡Por amor de Dios, cubrid esa inocencia! ¡Mantened la inocencia en el corazón de esos angelitos! ¡Retardad cuanto podais el que abran los ojos y pierdan su felicidad para siempre! ¡Defended su pureza, como el tesoro más inapreciable y valioso de un alma! Así sea.

LUNES 15

La gloriosa Asunción de María Santísima A LOS CIELOS

Entre los muchos privilegios con que el Señor se dignó enriquecer a su Santísima Madre, descuella como astro de gran magnitud el de su Asunción o tránsito a los Cielos. La Asunción de María al Cielo no es dogma de fé, pero es una verdad que no podemos poner en duda como buenos cristianos.

La tradición de la Iglesia ha considerado siempre como verdad la Asunción de María al Cielo. Los Padres del Concilio Vaticano, a la pregunta sobre la definición dogmática de la Asunción de María, hablan así: «Si no se quiere tildar de ligereza y de credulidad la fé de la Iglesia respecto a la Asunción de María (pensar lo cual sería impiedad), es necesario a todas luces sostener firmemente que tal creencia tiene su origen en la tradición apostólica divina, o sea en la revelación.»

San Juan Damasceno recuerda que Juvenal, Patriarca de Jerusalén, respondiendo en el año 451 al emperador Mauricio, que le había enviado mensajeros para tener noticias del sepulcro de María, respondió juntamente con varios Obispos que estaban por aquel entonces de paso en Jerusalén y que volvían del Concilio de Calcedonia, diciendo que el cuerpo de María no estaba en el sepulcro sobre el cual se había edificado un templo, porque tres días después de su muerte había sido trasportado por los ángeles al Cielo.

La Iglesia ha confirmado de varias maneras su fé en la Asunción de María a los Cielos. El Papa Nicolás I, hacia el

año 858, habla del ayuno y vigilia en tal fiesta, y en tiempo de Gregorio Magno (590-604) la Asunción era ya celebrada con rito festivo.

Procuremos nosotros unirnos en espíritu a nuestra Santa Madre la Iglesia, que de un modo especial honra en este día a la Madre de nuestro Divino Redentor, pidiendo al Señor que pronto la Asunción de María sea *dogma de fé*, para que se reanimen las creencias religiosas y los hombres piensen y obren más en conformidad con la *vida eterna* que comienza con nuestra *muerte temporal*.

ADORACIÓN NOCTURNA

La vigilia de este mes se celebrará, Dios mediante, en la noche del 27 al 28.

PÁGINA FRANCISCANA

Nunca Dios permita que yo me glorie, sino en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

(S. Pablo ad G., c. VI, v. 41.)

La Venerable Orden Tercera de Penitencia, celebra su culto mensual el 21, domingo tercero del mes.

Por la mañana, Misa de Comunión y por la noche, Exposición mayor y los ejercicios que prescribe la Regla.

CUENTA DEL PAN DE S. ANTONIO

| | Pesetas |
|--|---------|
| Hallado en los cepos. | 123.12 |
| SALIDA | |
| A D. Felipe García, por 77 kilos de pan | 55.70 |
| A tres familias, para leche y huevos | 13.— |
| Entregado a la Presidenta de las Conferencias. | 54.42 |
| TOTAL IGUAL | 123.12 |

Apuntes Históricos de Alora

(Continuación)

También declararon Juan Ruiz de Padilla, Diego Martín Hidalgo, Alcalde de la Santa Hermandad, Benito González Torremocha, vecino inmediato a la casa de la difunta, Pedro Merino Valderrama, Procurador de los reos, Pedro González de Rojas, Escribano que actuó en la información hecha por D. Tomás Estrada, y seis vecinos de la Plaza Baja, entre ellos Antón Rodríguez Calderón, dueño de la casa donde el Corregidor se hospedaba, en el sentido expresado en el auto de oficio.

Al enterarse de lo ocurrido en Alora la noche del 22 de Agosto, los Alcaldes de la Sala del Crimen expidieron con fecha 3 de Septiembre un despacho que decía: A vos Alonso de la Paz y Luis Jiménez os damos nuestra comisión para que paseis a la villa de Coin, y asistidos de D. Antonio Campoó, su Alguacil Mayor, y auxilio correspondiente, os dirijais a la de Alora, y valiéndoos de todos los medios posibles, y a la hora que os pareciere más conveniente, saqueis los presos Bartolomé Pérez Bordallo y Pedro García de Aracena y los hagais conducir a esta Carcel de Corte; a cuyo despacho se le prestó cumplimiento en Coin el 8 siguiente, y la Comisión, auxiliada de la fuerza necesaria, presentóse en Alora a las altas horas de una noche, y sacando a los dos presos de esta Cárcel, les condujo a la de Granada.

Después, se recibió otra Real Provisión para que el Escribano Juan Romero, en el término de tercero día, pusiera testimonio de la causa y lo remitiera a la Sala, con objeto de resolver el incidente sobre la competencia de inmunidad.

(Se continuará.)

A. B. M.